

ritual, en aquel monasterio memorable por tantos recuerdos, así de la Antigüedad clásica como de la Historia eclesiástica (1). Todavía en la actualidad refrescan en Grottaferrata la memoria del cardenal griego su cáliz, el famoso inventario (*Regestum Bessarionis*) (2) y algunos preciosos manuscritos que regaló á su abadía aquel gran promovedor de las ciencias (3).

También la basílica vaticana, la abadía camaldulense de Avellaná y la iglesia de los Santos Apóstoles de Roma, fueron copiosamente proveídas por Bessarión (4), el cual tuvo una solicitud verdaderamente paternal por la última mencionada, que Eugenio IV le había señalado como su iglesia titular. Al principio del pontificado de Paulo II, hizo renovar completamente la capilla situada á la izquierda del altar mayor, y dedicada al Arcángel San Miguel, á San Juan Bautista y á San Eugenio, y encargó á Antonazzo Romano que la adornara con pinturas. En la bóveda había pintado este artista al Hijo de Dios en la gloria del cielo entre los nueve coros de ángeles, sobre un fondo azul sembrado de estrellas y orlado con un friso; en los ángulos los cuatro Evangelistas, entre un Padre de la Iglesia latino y otro griego; sobre el altar, el nacimiento de San Juan Bautista; más arriba la maravillosa manifestación de San Miguel en el monte Gargano; en las paredes laterales, donde alternaban las ventanas verdaderas con otras simuladas, pintó á San Juan Bautista y á los tres arcángeles; y en la mitad inferior de las paredes, cortinajes recamados de oro y de flores (5).

Unido en estrecha amistad con Bessarión, estuvo *Juan de Carvajal*, adalid de los cardenales de más severas ideas eclesiásticas. Su máxima favorita era: «Sufrirlo todo por Cristo y su Iglesia.» Su gran modestia y su total menosprecio de la celebridad, han sido causa de que la memoria de aquel varón entera-

(1) Rocchi, Grottaferrata 38 s., 65, 80, 138, 162. Batiffol in la Revista trimestral III, 39 ss. de Waal publicó el catálogo de los manuscritos de Grottaferrata hecho ya en 1462 por orden de Bessarión.

(2) Su descripción ha sido hecha por Rocchi, Cod. Crypt. 513.

(3) Es notable especialmente un manuscrito litúrgico Γ. β. I., que Cesarini regaló á su amigo Bessarión, y el lujoso códice Z. δ. I. procedente de Constantinopla. Cf. Rocchi Cod. Crypt. 220 y 500.

(4) Müntz II, 298 s. Malvasia 80 s. 83 s.

(5) V. Schmarsow 57. Cf. Malvasia 36 ss. y Müntz II, 82 s. El primer investigador de los citados hace notar la conexión que existe entre estos frescos revocados ya en el siglo XVII y las pinturas de Fiésole que hay en el Vaticano.

mente extraordinario no haya alcanzado todo el esplendor que merecía. Afanosamente procura ahora la investigación histórica juntar los testimonios de la vida en extremo agitada de aquel edificante príncipe de la Iglesia, que dió, en 22 legaciones, brillantes pruebas de su abnegada fidelidad y espíritu de sacrificio en pro de la causa de la Iglesia, «y que de todos sus viajes no trajo otra cosa sino la fama de su honestidad sacerdotal» (1).

Desde el otoño de 1461, volvió Carvajal á vivir en Roma. Había ido á Hungría lleno de fuerza y salud en tiempo de Calixto III para atender á la guerra contra los turcos, y volvió hecho un viejo, y quebrantado de aquella espinosa legación. La aspereza del clima, las privaciones de la vida desacostumbrada del campamento, y los largos y penosos viajes, habían agotado sus fuerzas, y aun para fortificar sus dientes tenía que servirse de artificiosas invenciones. No fueron, con todo eso, los esfuerzos y privaciones que hubo de sufrir en aquella tierra extranjera, (donde dejó el cardenal una memoria edificante y agradecida), sino motivos políticos, los que volvieron á conducir á Carvajal hacia las regiones más benignas del sud. En Roma se tributaba la mayor veneración á aquel varón sufrido, y acerca de ello están conformes todas las relaciones. «Ningún otro cardenal, se decía con justicia, ha trabajado tanto, ni tolerado tan indecibles fatigas como él en los seis años de aquella legación, en la cual se consagró al más sublime de los intereses de la Iglesia: la defensa de su fe» (2). Aunque gastado por la edad y el trabajo, Carvajal no se permitió tampoco entonces descanso alguno, y siguió tomando después, como antes lo había hecho, el más vivo interés en todas las cuestiones eclesiásticas. De buena gana asistía con sus consejos á las personas de todos estados, y apoyaba á los débiles contra los poderosos; y ni por un instante desmintió los rasgos caracte-

(1) Cf. nuestro tomo I, vol. II, p. 6 s., 283 s., 389 s. Cuán escasas sean las fuentes sobre Carvajal, lo muestra la monografía de López, Romae 1752. Denifle I, 813 hace mención de un colegio fundado por Carvajal en Salamanca. Fraknói trató de las legaciones que tuvo el cardenal en Hungría; también tributa al cardenal un grande elogio (especialmente en la pág. 424).

(2) Voigt III, 511-512, quien advierte que Carvajal hubiera podido ser Papa después de la restauración tridentina. V. también Chmel, Kirchl. Zustände Oesterreichs im 15. Jahrhundert, Wien 1851, 21, n. Sobre el tiempo de su vuelta, que en todos los historiadores (también en López 96) está indicado falsamente, v. vol. III, p. 247 n. 1 las noticias tomadas de las * Acta consist. del *Archivo secreto pontificio*.

rísticos de su índole: la severidad y la justicia. Sobre todo, era severísimo el cardenal para consigo mismo, y siempre llevó bajo la púrpura un ceñidor de cilicio (1). En su modesta casa, junto á San Marcelo (2), reinaba la mayor simplicidad y un orden ejemplarísimo. Su manera de vivir, severamente ascética, hacía posible al cardenal socorrer copiosamente á los pobres y acudir á las iglesias necesitadas. Nunca faltó á una solemne festividad eclesiástica ó á un consistorio; y en éstos decía su parecer con libertad, pero sin aspereza ni espíritu contencioso. En oposición al uso de los literatos de su tiempo, que solían ser artificiosos é hinchados, sus discursos eran breves, sencillos, inteligibles, rigurosamente lógicos, enérgicos y sin el menor vestigio de retórica, y el mismo carácter «de sobriedad y fría objetividad» ofrecen las memorias de sus legaciones (3).

No obstante ser alegre en su trato, conservaba siempre Carvajal una propia dignidad y majestad, que llenaba de cierto reverencial temor á todos los que se le acercaban. «Nuestra época puede justamente ponerle al lado de aquellos antiguos Padres de la naciente Iglesia», dice el cardenal Ammanati, expresando con esto el juicio de todos los miembros del Sacro Colegio. Se puede decir que no había nadie en Roma que no se hubiese inclinado ante aquel carácter de alteza y profundidad enteramente extraordinarias. Pomponio Leto, que, entre las ruinas de la antigua Roma, sólo admiraba la grandeza heroica de los antiguos romanos; el que apenas se dignaba dispensar una mirada á los barones y prelados de la pontificia Ciudad; el soberbio platónico, el cínico menospreciador de toda adulación y fausto; ante nadie descubrió su cabeza, ante nadie doblegó cortésmente su espinazo, sino delante el cardenal de Sant-Angelo» (4).

Lo propio que á sus contemporáneos, ha obligado Carvajal á

(1) Cf. López 98.

(2) En esta iglesia hallaron su último descanso los restos mortales de Carvajal. La inscripción que le puso Bessarión, se perdió en un incendio acaecido en 1519. Otro epitafio compuesto probablemente por Ammanati alaba así á Carvajal:

«Pontificum splendor iacet hic sacrique senatus;
Namque animo Petrus, pectore Caesar erat.»

López 113. Cf. Ciaconius II, 926.

(3) Voigt I, 260.

(4) M. Fernus, J. Pomp. Leti Elogium hist., en Fabricius-Mansi VI, 630. Voigt III, 514. Hemos hecho ver arriba, pág. 51 y s. que P. Leto tenía también sus horas de flaqueza.

los historiadores más modernos á tributarle, no sólo estima y reconocimiento, sino también admiración. El más reciente biógrafo de Pío II, que casi siempre se siente inclinado á tomar por verdadero lo peor acerca de los hombres (1), habla con la mayor veneración de la grandeza y pureza del carácter de Carvajal. Otro investigador le describe como dechado de un sacerdote consagrado á los asuntos de la Iglesia (2). Aun el historiador husita de Bohemia confiesa que: «no sólo nadie le hizo ventaja en celo por la fe, severidad de costumbres y firmeza de carácter, sino ni siquiera hubo quien le igualara en la extensión de su conocimiento del mundo, experiencia en los negocios eclesiásticos y méritos en pro de la soberanía pontificia. Ciertamente, su obra principal había sido, durante veinte años, lograr que Roma venciera finalmente los conatos de Constanza y Basilea; que los pueblos tornaran á su obediencia; y que su poder y señorío volviera á iluminar el mundo con un esplendor que no se había visto desde Bonifacio VIII. Esto lo sabían y reconocían los colegas de Carvajal, y por esto tomaban como guía sus palabras y consejos en todos los negocios de más importancia; y el mismo Paulo II le reverenciaba y se acomodaba á todos sus deseos. Por esto su opinión personal y su juicio acerca del rey Jorge y de la herejía husita fueron también en Roma decisivos» (3).

Como miembro de la comisión nombrada por Paulo II para deliberar acerca de los asuntos eclesiásticos de Bohemia, á la cual pertenecían asimismo Bessarión y Estouteville, se había inclinado Carvajal desde el principio á las medidas de rigor. La imprudente conducta del rey de Bohemia, el cual, contra la costumbre observada por todos los otros soberanos, no envió á ninguno de su Corte para felicitar al nuevo Papa, había confirmado al cardenal en el parecer: «que sería inevitable tratar con el hierro las heridas que no recibían ninguna medicina, y amputar

(1) Juicio de Vahlen, Valla LXI, 371.

(2) Rossbach, Das Leben und die politische Wirksamkeit des Bernardino López de Carvajal (Breslauer, Diss. 1892) 2. Lo que aquí se dice en la pág. 13, que el ideal de Juan de Carvajal fué la «reforma de la Iglesia sobre la base de un concilio», contradice á los hechos. También es falso lo que piensa Joachimsohn 255 que «Carvajal estaba muy apartado en su ánimo del monacato». Esta opinión descansa en la mala inteligencia de un dicho de Carvajal; cf. Literarische Rundschau 1892, 304.

(3) Palacky, Gesch. IV, 2, 372. Sobre la influencia de Carvajal con Paulo II cf. Canensius 101.

«enteramente del cuerpo de la Santa Iglesia los miembros podridos, para evitar su venenoso contagio» (1).

Contra este parecer de Carvajal, había Paulo II al principio, colocado sus esperanzas en que se tratara á Jorge Podiebrad benignamente. Desde luego se suspendió el proceso incoado por Pío II; y Paulo II manifestó, que si el rey de Bohemia cumpliera sus promesas, hallaría en él, no un Papa, sino un amoroso hermano (2); pero demasiado pronto se mostró que aquel príncipe, lleno de doblez, no pensaba en cumplir sus juramentos. Mientras todos los príncipes cristianos enviaban sus delegados á Roma, no compareció ninguno de Bohemia; por el contrario, llegaban continuamente graves quejas de los católicos de aquel Reino. A consecuencia de esto, fuese desvaneciendo de día en día la inclinación de Paulo II hacia la paz. El escrito que el rey de Bohemia dirigió á Roma á 7 de Marzo de 1465, sólo incidentalmente alegaba alguna disculpa por haber omitido la embajada; en su parte principal, es una declaración de las causas por qué Jorge no creía poder ordenar que, según deseaban en Roma, se levantara el sitio de la fortaleza de Zornstein, perteneciente al católico Enrique de Lichtenburg. Es muy significativo, para comprender el cambio que se había obrado en los sentimientos de Paulo II, el hecho de no haber dirigido la contestación de este escrito al mismo Rey, sino á los prelados y barones de Bohemia (13 de Mayo de 1465) (3). En el rigor del verano del mismo año, la severa opinión de Carvajal obtuvo una completa victoria, y el Papa fundó enteramente en ella sus resoluciones. A 2 de Agosto, Podiebrad fué citado por los cardenales Carvajal, Bessarión y Erolí, á quienes se había encomendado la gestión de los asuntos de Bohemia, para que compareciera en Roma dentro del término de 180 días, con el fin de responder á las acusaciones de herejía y de reincidencia en ella, y de perjurio (por haber quebrantado el juramento de su coronación), de sacrilegio y blasfemia contra Dios. «Y para prevenir, aun mientras durara el proceso, que siguiera propagándose la herejía, y al propio tiempo para proteger también á los oprimidos católicos, dió el Papa á 6 de Agosto

(1) Palacky IV, 2, 325. Cf. Fontes rer. austr. XLIV, 589.

(2) Así lo cuenta Johann Rohrbacher á Procopio de Rabenstein, en Palacky Urkundl. Beitr. 338; cf. Gesch. IV, 2, 329.

(3) Bachmann, Reichsgesch. I, 549 s. 553.

facultades al legado Rodolfo de Rudesheim, obispo de Lavant, para proceder con censuras eclesiásticas contra todos los partidarios de Jorge, y declarar nulas cualesquiera obligaciones contraídas con él por quienquiera que fuese (1).

Precisamente por entonces se había empeorado mucho la situación de Jorge; por cuanto la mayoría de las Casas señoriales de Bohemia, descontentas con su personal gobierno, tomaban una actitud cada día más hostil. Por esta razón hizo el Rey que se presentaran en Roma nuevas propuestas de acomodamiento; pero ya estaban allí cansados de sus negociaciones dilatorias, y muy amargados por el hipócrita juego que Jorge venía prolongando ya varios años. Después de tantas astucias y disimulaciones, nadie le daba ya crédito, y menos que todos, aquellos precisamente que le habían defendido antes con más calor, engañados por sus promesas: éstos eran cabalmente los que ponían más empeño en librarse á sí y á los demás de otros semejantes engaños (2). Ya á 8 de Diciembre de 1465, había Paulo II desligado á los súbditos de Jorge de su juramento de fidelidad al Rey (3); y á 6 de Febrero de 1466, se rechazaron rotundamente las fantásticas proposiciones presentadas por el duque Luis de Baviera en favor del monarca bohemio.

Para comprender la severidad de este documento, menester es recordar cuán escandalosamente se había portado Jorge con Calixto III y Pío II, precisamente en la cuestión de la guerra contra los turcos. Y es cosa que produce una impresión singular, ver que el Rey coloca en primer término aquella misma cuestión, y hace pedir de antemano, como recompensa de su reconciliación con la Iglesia y participación en la cruzada, el título de emperador de Constantinopla, y para uno de sus hijos, la dignidad de arzobispo de Praga. «Un hereje relapso y perjuro, discurría Paulo II, se atreve asimismo á reclamar todavía, en vez de penitencia y castigo, una recompensa cual apenas se podría otorgar al más cristiano de los príncipes y benemérito de la religión. Quiere comerciar con su conversión á la fe y vender su conciencia

(1) Scrip. rer. Siles. IX, 135-139. Palacky, Urkundl. Beitr. 362-366. Frind IV, 65, Riezler III, 433.

(2) V. Bachmann Reichsgesch. I, 574. Sobre la liga de señores v. el estudio de Markgraf en la Hist. Zeitschr. XXXVIII, 49 ss. de Sybel, donde con todo en las págs. 54 y 65 se indica con error el tiempo de la exaltación al trono de Paulo II y de la muerte de Pío II.

(3) Scrip. rer. Siles. IX, 147 ss.

por un premio. ¡Por cierto, su hipócrita obediencia sería una ganancia verdaderamente grande para la Iglesia; en particular, quedando todavía en el Reino la antigua levadura! ¡Y aún sería preciso que la Sede Apostólica le rogara, de suerte que quedase á su elección recibir lo ofrecido ó rehusarlo! El arzobispo propuesto es un joven de apenas veinte años, criado entre los defectos y placeres de su padre, sin conocimiento del Derecho divino y humano; ¡y cuando apenas sale de la herejía, ha de ser ahora súbitamente elevado á la dignidad episcopal! No menos inadmisibles es la exigencia de que se dé al arzobispo un inquisidor tal, que persiga «todos los errores, fuera de los Compactata». Esto se ha discurrido muy astutamente; pues ello vale tanto como pedir de nuevo encubiertamente la confirmación de dichos Compactata. Mas ¿qué diremos de la pretensión al trono imperial de Constantinopla? A lo que parece, Jorge sólo quiere con esto procurar un tránsito fácil de una confesión religiosa á otra (á la griega); pero menor daño es el dominio de los infieles, que todavía nunca han conocido la verdad, que el gobierno de un hereje y cismático, que ha apostatado de la ya conocida. Todavía no ha venido á parar la Iglesia á tan baja situación que tenga que esperar su amparo de los herejes y sacrílegos (1).

Que tales juicios del Papa no eran excesivamente severos, lo muestra el hecho de haber Podiebrad, en el verano de 1466, concedido á Gregorio Heimburg, que seguía sujeto á la excomunión de la Iglesia, un influjo decisivo en sus resoluciones. En Junio de 1466 llegó Heimburg á Praga, y poco después, aunque sin oficio ni título, empezó á desempeñar un papel influyente en la política bohemia. «Un doctor de la rebelión y la pestilencia, escribían entonces á Roma los de Breslau, se ha unido en Praga con el sembrador de herejías» (2). En realidad, la alianza de Podiebrad con aquel hombre inconsiderado y encanecido en el servicio de la oposición contra Roma, se había de estimar como equiva-

(1) Breve de Paulo II al duque Luis de Baviera, fechado el 6 de Febr. de 1466. Script. rer. Siles. IX, 156-163. Cf. Palacky IV, 2, 375 s.; Bachmann, Reichsgesch. I, 575 s.; Kluckhohn, Ludwig 261 s.; Jordan 195 s.; Markgraf en la Hist. Zeitschr. XXXVIII, 72 s.; Riezler III, 434. También pertenece á este asunto la carta de Paulo II á los habitantes de Breslau (Fontes XLIV, 593), que Bachmann el primero ha remitido equivocadamente al año 1465; el error fué después corregido en la fe de erratas.

(2) Joachimsohn 257, 259.

lente á la renuncia, por parte del Rey, á toda reconciliación con la Iglesia (1). A 28 de Julio, Heimburg, que por otra parte se jactaba de su germanismo, publicó un manifiesto «en defensa de la honra é inocencia» del monarca bohemio, tratado por Roma más duramente que el fratricida Caín y que los sodomitas». Jorge no era una persona particular á quien el Papa pudiese citar á Roma; sino un rey, y por cierto un rey de grandes méritos. Para todos los excesos, hasta la violación del derecho de gentes, perpetrada con la prisión de Fantino, sabía el abogado hallar buenas excusas. Por el contrario, presentaba la conducta del Papa, «demasiado ligero en creer», como precipitada, como una infracción del Derecho divino y natural, y como contraria á la razón y á la Escritura; y promovía la reunión de una Dieta donde, en presencia de un Legado, los enviados de los príncipes seculares deberían deliberar acerca de los asuntos eclesiásticos de Bohemia (2). Como este manifiesto fué luego enviado, no sólo á todas las cortes alemanas, sino también al rey de Francia y á los demás príncipes de la Cristiandad, no pudo el partido del Papa permanecer en silencio; y aparecieron las refutaciones de Rodolfo de Rudesheim, obispo de Lavant, del minorita Gabriel Rangone (3) y del cardenal Carvajal. Al paso que Rodolfo de Rudesheim procura sobrepujar el tono apasionado de su adversario y se pierde en prolijas amplificaciones, Carvajal con su estilo breve, simple, rigurosamente lógico y severamente objetivo, descubre los fraudulentos artificios del rey de Bohemia y de su abogado. Principalmente pone de manifiesto el proceder sacrilego y contrario al Derecho de gentes que Jorge había empleado contra Fantino, lo propio que su política delusoria contra la Santa Sede; lo que Roma había ordenado ahora, se había hecho después de maduras deliberaciones y con arreglo á Derecho. La astucia de Jorge quedaba pues descubierta, y la segur se había puesto á la raíz; por lo cual no le quedaba más recurso que demostrar su inocencia ó sucumbir al rigor de la justicia (4).

(1) Bachmann I, 583 y Mittel d. Ver. f. Gesch. d. Deutschen in Böhmen 1897, 146 s. Palacky IV, 2, 391.

(2) Script. rer. Siles. IX, 181-190. Müller, Reichstagstheater II, 250-258. Brockhaus 286 ss. Jordan 227 ss. Joachimsohn 260.

(3) Cf. Joachimsohn, Die Streitschrift des Minoriten Gabriel von Verona gegen den Böhmenkönig Podiebrad, Augsburg 1896.

(4) En lugar de «ut penas iuris paciatur oportet» (Script. rer. Siles. IX, 209)